NOVENA

DEDICADA A

N. P. JESUS
DE LAS TRES CAIDAS,
EN SU DOLOROSA PASION;

que se venera en la
Iglesia de Tercera Orden de esta Ciudad.

escrita por el

SR. D. M. A.

MANDADA IMPRIMIR POR FR. FRANCISCO DEL REFUGIO SANCHEZ, QUIEN LA DEDICA A LOS ESCLAVOS DEL MISMO SEÑOR.

Con aprobacion, y licencia de la Autoridad Eclesiástica de esta Diócesis.

LEON.—1881.
TIPOGRAFIA DE J. M. MONZON.
Calle de la Plaza de Gallos núm. 36.

ACTO DE CONTRICION.

Dulcísimo Jesus, mi Redentor y mi Dios! ¿Cómo es posible vivir olvidado de vuestras finezas, cuando Vos me teneis escrito en vuestras llagas? ¿Cómo podré seguir ofendiendoos, cuando por mí habeis derramado vuestra sangre con tanto amor? Vuestros sufrimientos son efecto de mis pecados: yo he sido el verdugo de vuestra pasion sagrada; y sin embargo, veo vuestro rostro ensangrentado lleno de mansedumbre y de ternura. ¿Cómo no quedar traspasado por los divinos dardos de vuestra caridad? ¿Cómo no ser todo de Vos? Es verdad que el temor de vuestros juicios me hace temblar; pero vuestros gemidos amorosos me animan dulcemente para implorar vuestra piedad. Permitidme, pues, que á vuestras plantas deteste mis iniquidades, y deplore vuestras ofensas en la amargura de mi alma. ¡Oh Jesus amable! me pesa de haberos ofendido. Quiero morir para no ofenderos mas: quiero recibir la aspersion de vuestra sangre divina que me regenere en vuestra gracia: quiero meditar en vuestra pasion bendita y tener parte en vuestros sufrimientos para tenerla tambien en vuestra gloria. Perdonadme ¡oh buen Jesus! Yo me escondo en vuestras preciosas llagas, y en este divino asilo nunca vuestra justicia podrá castigarme. Aquí me llenareis de compuncion para llorar mis pecados; aquí me lavareis con vuestra sangre y quedaré mas blanco que la

nieve; aquí me dareis vuestra gracia, y en vista de vuestros méritos, mi salvacion. Así lo espero de vuestra infinita bondad; y confío en que no me dejareis perecer. Amen.

DIA PRIMERO.

La Tristeza de Jesus.

Entra Jesucristo al huerto de Getsemaní, y desde luego se deja ver abrumado de tristeza, consternado y tímido, poseído de un abatimiento profundo. Su afliccion es tan grande, que la manifiesta á sus discípulos con estas palabras: *triste está mi alma hasta la muerte.* Como si dijera, dice S. Hilario: "*Es tan grande la tristeza de mi alma, que, si mi virtud divina no viniera al socorro de mi flaqueza humana, me causaría la muerte.*" (1)

No dice, yo estoy triste, sino *mi alma está triste:* palabras admirables con que nos revela, que además del alma, hay en Jesucristo el *yo* ó la persona del Verbo á la que su alma y su cuerpo están sustancialmente unidos: y he aquí porqué dijo *mi alma está triste,* manifestándonos que la tristeza estaba en la naturaleza humana, no en la naturaleza divina. (2)

¿Mas no es Jesucristo quién deseaba ardientemente ser bautizado con su propia sangre, y sus-

(1) *In Matth. 25*
(2) *S. Ambr. lib. 10 in Luc.*

piraba por este felíz momento? ¿Por qué, pues, ahora que vé la cercana muerte, tiembla, se aflige y manifiesta á sus amigos su tristeza? Para convencernos, dice S. Juan Crisóstomo de que había tomado realmente nuestra mortalidad, y que era como nosotros, hijo de aquel Adan, cuyo pecado se disponía á expíar (1); para darnos la mayor prueba de su amor, al tomar sobre sí todas nuestras enfermedades, y aun el pavor natural que causa la muerte; y para manifestarnos que El no se aflige sino por nosotros, y que sus lágrimas no corren, sino por nosotros. (2) Por esto es que dejando á los demás apóstoles á la entrada de Getsemaní, solo entra en el huerto con Pedro, Juan y Santiago; para que los mismos que fueron testigos de su gloria en el Tabor, lo sean igualmente de su abatimiento en Getsemaní, y confiesen á la faz del mundo, que ellos con sus propios ojos vieron al Redentor resplandeciente en la cumbre de un monte, y abrumado de tristeza en el silencio de un huerto.

Adoremos á Jesucristo en su divinidad, y escuchemos las sentidas quejas de su sacrosanta humanidad. Su profunda tristeza es la muestra que trae consigo el pecado; y la toma sobre sí para convertir nuestro llanto en gozo. Trasportémonos con Jesus al monte de los olivos, y allí encontraremos la uncion de la gracia y el óleo de la caridad. Acompañemos á Jesus en

)1) *In Matth. 26.*
(2) *S. Ambr. in Luc.*

el huerto y lloremos de tristeza por nuestros pecados que la causaron tan amarga á nuestro divino Redentor.

Tres Padre nuestro y Ave María en la forma siguiente.

Mirad al más hermoso de los hijos de los hombres. ¡Cómo su rostro en quien desean verse los ángeles ha sido desfigurado!

Padre nuestro &. Ave María &.

Sus vestiduras están teñidas en su sangre, su cabeza está coronada de espinas.

Padre nuestro &. Ave María &.

"El ha sido llagado por nuestras iniquidades.... y con sus cardenales fuimos sanados."

Padre nuestro &. Ave María &.

"Por las preciosas heridas de su cuerpo se descubre el amor de su corazon, se manifiestan las entrañas de su misericordia."

"¿Que mas debió hacer por nosotros y no lo hizo?"

Gloria al Padre &.

ORACION PARA EL DIA PRIMERO.

Dulcísimo Jesus! Vos que os habeis ocultado al mundo para dar principio á nuestra Redencion y hacer resonar vuestros gemidos en la soledad, concedednos que, huyendo del mundo corrompido, pasemos con Vos el torrente de la tribulacion, para que llorando nuestros pecados con amarga tristeza, comencemos á trabajar por nuestra salvacion.

Recuerdos de la pasion de Jesus y última oracion.

DIA SEGUNDO.

La Oracion de Jesus.

Jesucristo en el huerto se aleja un poco de sus discípulos; y puesto de rodillas, inclina humildemente su cuerpo, baja su frente y pega su rostro con la tierra. Ved al Hijo de Dios adorando y pidiendo á su Eterno Padre como el último de los hombres, á fin de inculcarnos los sentimientos de respeto y humillacion con que debemos orar. Jesus levanta con lentitud su cabeza, fija en el cielo sus ojos bañados en lágrimas, y extendiendo sus brazos en forma de cruz, exclama: *Padre, si es posible, pase de mi este cáliz: mas no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Con esta oracion no repugna Jesucristo los tormentos y las ignominias que toda su vida tuvo presentes y que tanto habia anhelado para salvarnos: manifiesta sí el horror que tiene á la muerte, por ser esta la triste condicion á que el pecado nos sujetó; porque siendo la muerte, no obra de Dios, sino del demonio que *era homici-*

da desde el principio (1), Jesucristo la rechaza como contraria al primitivo designio de su bondad, que nos habia criado para la vida (2). De modo, que estas palabras *pase de mi*, no es el horror que le inspiran los tormentos, sino el acento compasivo de su amor, en vista de la fuerte condicion á que nos vé reducidos. Jesucristo no repugna el cáliz de su pasion: lo que siente es, que este cáliz de amargura le sea ofrecido por su mismo pueblo á quien ama tiernamente, á quien ha colmado de gracias, y cuya maldicion desea evitar: por esto no dice, *pase de mi el cáliz*, sino *pase de mi este cáliz* (3): lo que siente en su corazon es, que hayan sido inútiles las reclamaciones benéficas que dirigió á su pueblo para salvarlo, buscándolo con la ansiedad amorosa de un buen pastor: siente la pérdida de tantas almas que no se aprovecharán del fruto de su pasion: siente la dureza de los pecadores que no atienden á sus llamamientos, ni hacen caso de su amor excesivo. Por esto dice, *pase de mi este cáliz.*

Y sin embargo, Jesus no olvida su mision sublime: sabe que va á satisfacer á Dios por el pecado; que va á redimir al género humano; que va á reconciliarlo con su Eterno Padre, y añade: *mas no se haga mi voluntad sino la tuya.* He aquí de nuevo manifiesta la humanidad de Jesucristo en la repugnancia que siente por el

(1) *S. Juan 8.*
(2) *P. Ventura.*
(3) *V. Beda.*

pecado y por la ingratitud, y su naturaleza divina en la sujecion á la voluntad de Dios. "He aquí como desaparece el viejo Adan, caido y enfermo, y se manifiesta el nuevo con todo su esplendor. El lenguaje de la flaqueza ha sido reemplazado por el sublime acento de la fuerza, y vemos ya la víctima que se ofrece voluntariamente á Dios por nosotros." (1)

Padre nuestro &. como el dia primero.

ORACION PARA EL DIA SEGUNDO.

¡Amantísimo Jesus! que teniendo amor para sufrir por nosotros no una, sino muchas muertes, habeis sentido en lo íntimo de vuestro Corazon la repugnancia de nuestra muerte y de nuestra ingratitud, concedednos que os acompañemos en vuestra oracion, para que poseidos de arrepentimiento por nuestros pecados, nos revistamos de vuestro espíritu de vida y hagamos en todo vuestra santísima voluntad.

Recuerdos &.

DIA TERCERO.

LA AGONIA DE JESUS.

Por tres veces nuestro adorable Salvador repite á su Eterno Padre la misma oracion. Ve que sus discípulos duermen, y les dirije sus quejas, diciéndoles: "no habeis podido velar una hora con-

(1) *P. Ventura.*

migo." Vuelve al lugar de su oracion, y solo, "como el ave solitaria en el techado," devora en su Corazon un pavor y una tristeza tan grandes, que le hacen entrar en una mortal agonía.

En esta lucha ó combate, que es lo que significa la palabra *agonía*. Jesucristo se manifiesta como animoso atleta, luchando y combatiendo, no entre las dos voluntades de su persona, sino entre dos atributos de su naturaleza divina; entre la justicia que quiere castigar á los pecadores, y la misericordia que quiere redimirlos: la justicia representada por el Padre, la misericordia personificada en el Hijo (1). ¿Quién no ve en esta mortal agonía el excesivo amor que Jesus nos tiene? Si lo contemplamos con su rostro pegado á la tierra, temblando, llorando y entre las angustias de la agonía, nos parecería que olvidado de nosotros, solo se ocupa de los tormentos y oprobios que se le esperan; mas cuando lo vemos interrumpir su oracion para despertar á sus discípulos é invitarlos á que lo acompañen á velar y orar, demuestra, dice el Venerable Beda, que "su agonía es mas bien por sus discípulos y por nosotros que por El," y que mientras que nosotros dormimos el sueño del pecado y del olvido, Jesus lucha con su misericordia para satisfacer á la justicia en favor nuestro; para dulcificar con su agonía las amarguras de la nuestra; y para darnos una bendicion de triunfo en nuestras luchas y combates.

(1) *P. Ventura.*

La agonía de Jesus, por tanto, "no es el esfuerzo del hombre débil que se muere, sino la lucha del hombre fuerte que pelea con valor" (1): no es el resultado de una extraña flaqueza, sino el efecto de su mas tierno amor (2), y el deseo mas ardiente de aplicarnos el fruto de su pasion y de hacernos triunfar con su propia victoria.

Es verdad que un ángel aparece confortando á nuestre divino Salvador; pero este consuelo no disminuye su dolor y abatimiento, sino que lo aumenta (3); porque la voluntad de su Eterno Padre es que sea la víctima de propiciacion por los pecados del mundo.

Almas cristianas, venid al huerto de Getsemani! Aquí vereis no el Eden de las delicias, sino la mansion del dolor: escuchareis, no la armonía de las aves, sino los gemidos de Jesus, y vereis que el Salvador agoniza para ganar la vida que Adan y su posteridad perdieron por el pecado.

Padre nuestro &. como el dia primero.

ORACION PARA EL DIA TERCERO.

O buen Jesus! que para elevarnos al lugar de vuestra gloria, os habeis colocado Vos en el lugar de nuestra ignominia, vistiendoos con la apariencia de nuestro pecado, y haciéndonos parti-

(1) *P. Ventura.*
(2) *S. Ambr.*
(3) *V. Beda.*

cipantes de vuestra gracia; Vos que habeis sufrido las amarguras de nuestra agonía, auxiliadnos en nuestro postrer combate, para que espirando en vuestra amistad, percibamos eternamente los frutos de vuestra Santísima pasion.

Recuerdos &.

DIA CUARTO.

El Sudor de Sangre.

La humilde actitud que Jesus ha tomado en la oracion del huerto, nos manifiesta que El ha consentido en llevar la inmensa carga de nuestros pecados, y de este modo se presenta á su Eterno Padre, como un culpable arrepentido que se somete al castigo que nosotros merecimos. Jesucristo para expiar nuestras iniquidades, comenzó por experimentar en su corazon un dolor perfecto de todas las ofensas de Dios; y este dolor que experimentó voluntariamente fué tan profundo y tan intenso, como si los pecados de todos los hombres hubieran sido suyos propios, y los hubiera El solo cometido todos (1). Su contricion es tanto mas perfecta, cuanto que proviene del conocimiento claro que tiene de la infinita bondad de Dios ultrajada por el pecado; de la horrible deformidad de este y de sus tremendos castigos. Se duele en su interior de ver á Dios ofendido por innumerables culpas, y de

(1) *Blosio.*

ver condenados á los hombres á quienes ama tiernamente: y continuando en su angustiosa agonía, comienza á sudar sangre por todos los poros de su cuerpo, y en tanta abundancia que corriendo hasta el suelo, todo su cuerpo queda bañado en su propia sangre.

Ved el terrible efecto de la profunda contricion que destroza al Corazon de Jesus. Ved al Salvador del mundo derramando un sudor milagroso de sangre, y ofreciéndose al Eterno Padre por nuestra salud, como holocausto que se consume entre las llamas de su caridad divina: ved, por fin, el bautismo por el cual Jesucristo suspiraba con tanto ardor, y nuestra *redencion copiosa* practicada por el Hijo de Dios, no con una gota, sino con toda la efusion de su preciosa sangre. "Yo he sido saciado, dice, de todas las amarguras posibles: se me ha obligado á tomar una bebida de absinto (1): los tormentos de iniquidad me han conturbado (2): he llegado á alta mar, y la tempestad me ha anegado. (3).

Decid ¡oh almas! si habeis visto un padre mas tierno, un esposo mas amable, un mediador mas poderoso que Jesus? Su oracion nos ha reconciliado con Dios, su agonía nos ha dado el triunfo y la vida, su sangre nos ha lavado de to-

(1) *Ter.*
(2) *Ps. 17.*
(3) *Ps. 68.*

da mancha, y sus gemidos nos han abierto las puertas del cielo.

Los tres Padre nuestros como el dia primero.

ORACION PARA EL DIA CUARTO.

Clementísimo Jesus! que antes de que los azotes y las espinas, los clavos y la lanza desgarraran vuestro cuerpo bendito, habeis regado la tierra con el copioso sudor de vuestra sangre, al impulso de la contricion perfecta que habeis tenido por nuestros pecados: lavadnos con esa sangre divina que corre, no por la crueldad del verdugo, sino por la violencia de vuestro amor; y en virtud de ella, concedednos una verdadera contricion.

Recuerdos &.

DIA QUINTO.

La Prision de Jesus.

Mientras que Jesucristo gime solitario en el huerto, Júdas su discípulo viene á la cabeza de una turba armada con espadas y palos y con linternas y antorchas para aprender á nuestro Redentor. Los aprensores pretenden sorprender á Jesus, temerosos de que se les escape; pero Jesus sale á su encuentro y los sorprende. Ya no se vé en Jesucristo al hombre tímido y abatido bajo el peso de la tristeza y de la agonía,

sino el Salvador que se adelanta generoso á consumar la obra de nuestra redencion. Jesus recibe al traidor con la frente serena y el semblante afable: la dulzura reposa en sus lábios, sus palabras están llenas de bondad, su continente es amable: es la imágen viva de la misericordia de Dios que corre en pos del pecador cuando le ofende, para ofrecerle el perdon y la gracia: es el amante mas fino que aun se digna dar á su enemigo el tratamiento de amigo. Ni Júdas, ni los soldados conocieron al Salvador; y por esto Jesus, para dárseles á conocer, con voz dulce y magestuosa les pregunta: *á quien buscais?* La turba responde que á *Jesus Nazareno*, y el Salvador les dice: *yo soy.* A esta respuesta, todos aquellos hombres armados caen por tierra como heridos por un rayo. ¿Donde está ahora el aparato formidable y el ódio furibundo de tantos enemigos? Una sola palabra pronunciada por un hombre indefenso los hiere, los vence y los derriba en tierra (1). Todos caen y solo Jesus, permanece en pié, por que solo Jesus es grande, solo en Jesus está la fuente de la fuerza y del poder, y solo El tiene en sus manos las llaves de la vida y de la muerte. Jesucristo permite que se levante la turba derribada, y despues de preguntarles de nuevo *¿á quién buscais?* y de escuchar la misma respuesta, añade: *ya os he dicho que yo soy: si, pues, á mi me buscais, dejad libres á mis discípulos.* ¡Cuánto amor de Jesus!

(1) *S. Agustin.*

Pronto á aceptar para si la prision y la muerte, se apresura á asegurar á los suyos la libertad y la vida." Con un *yo soy*, derriba á la multitud: con otro *yo soy*, se entrega al poder de las tinieblas: con el primer *yo soy*, manifiesta que es Dios; con el segundo *yo soy*, prueba que es hombre, y que como hombre Dios vá á redimir al mundo: como hombre, por que el hombre pecó, y él debe satisfacer á Dios; como, Dios, por que solo Dios puede satisfacer condignamente á Dios.

Jesus se da á conocer al traidor, quien dá la señal convenida, entregando con un ósculo de perfidia al que nadie pudo argüirle de pecado, y á quien tantas pruebas le dió de paternal cariño y amistad. Entónces la turba enfurecida se arroja sobre Jesus, sin tener en cuenta la curacion milagrosa que allí mismo hizo á Malco, dando una prueba mas de su divinidad; y nuestro buen Jesus voluntariamente entrega sus brazos á los cordeles, su cuerpo á las cadenas, y se deja conducir prisionero, en medio de la grita mas espantosa.

Almas cristianas! Contemplemos en silencio las humillaciones de nuestro Dios, y seremos aprisionados por su amor.

Los tres Padre nuestros &.

ORACION PARA EL DIA QUINTO.

Dulcísimo Jesus! Nosotros somos los traidores que muchas veces os hemos vendido con un

beso de falsa amistad: nosotros los que con nuestros escándalos hemos atado vuestras manos para impedir el bien, y con nuestras iniquidades os hemos cargado de cadenas. Nos arrepentimos de haber pecado: perdonadnos ¡oh buen Jesus! Caigan de nosotros las prisiones que nos sujetan á Satanás; pronunciad un *yo soy*, y nuestros enemigos serán derribados. Aprisionadnos con vuestro amor; sujetadnos á vuestra ley, y salvadnos.

DIA SEXTO.

Los Azotes.

Jesucristo, pasa la noche de su prision á merced de un populacho inhumano que lo cubre de insultos y de oprobios; y en esta noche de angustias, el Corazon de Jesus abandonado á la crueldad de sus enemigos, tiene que sufrir la negacion mas sensible de uno de sus mas caros discípulos.

Arrastrado de tribunal en tribunal, escarnecido en su doctrina, blasfemado en su divinidad, herido en su mejilla y pospuesto á Barrabás, Pilatos por un sentimiento de compasion, injusto y cruel, y para ver si puede librar de la crucifixion al que confiesa inocente, manda aplicarle el mas duro castigo de los azotes.

Verdugos insolentes se apoderan del Salvador, le arrancan sus vestiduras, y lo amarran á una columna. ¡Cómo queda Jesus cubierto de rubor

y de vergüenza al verse desnudo en presencia de un pueblo desenfrenado! Entónces se verificó en Jesus aquella sentida queja de David: "tú sabes, Señor, mi improperio y mi confusion" (1). Mas no obstante la vergüenza indecible que le causa su desnudez, Jesucristo está aparejado para los azotes (2), y El mismo se coloca en el infame poste para recibir de mano de los hombres la ingrata recompensa de su amor.

Los verdugos rechinando los dientes, lanzan contra Jesus miradas feroces y se preparan con un gozo brutal para recrearse en sus tormentos. Como tigres sedientos de sangre se arrojan sobre el Salvador y descargan en todo su cuerpo una tempestad de azotes estrepitosos. La paciencia y el sufrimiento de Jesus, agotan las fuerzas de los verdugos que se remudan para azotar con nueva crueldad. Aquel cuerpo tan sensible aparece ya surcado con horribles contusiones: desgarrada su piel bendita comienza á manar sangre que tiñendo los instrumentos de la flagelacion, corre hasta el suelo; y desde las plantas de los piés hasta la coronilla de la cabeza, no hay en El parte sana. Al furor de los azotes caen en torno de Jesus los pedazos de su carne virginal. Ya no hay parte en donde herir; pero los verdugos embriagados de ódio y sin piedad, dejan caer los azotes sobre la carne viva que tiembla, y hacen nuevas profundas

(1) *Ps. 68.*
(2) *Ps. 37.*

heridas. Los músculos se rompen, las venas se abren y pueden ya contarse todos sus huesos.

¡O si escucharámos en este instante un gemido de Jesus! ¿Seriamos tan indolentes que permanecieramos insensibles? Si contemplaramos que Jesus en medio de sus tormentos nos dirige una dulce mirada de amor; ¿no quedaría nuestro pecho herido de contricion? Pues Jesus gime; y esos golpes que lo hieren, esos azotes que lo desgarran, esas heridas que lo atormentan, son obra funesta de nuestros pecados, son efecto admirable de su amor. No le basta una boca para decirnos que nos ama, y ha permitido que en su cuerpo se abran tantas bocas cuantas heridas tiene, por donde su amor nos habla al corazon

Los Padres nuestros &.

ORACION PARA EL DIA SEXTO.

Adorable Salvador nuestro. El misterio de vuestros azotes es el misterio de vuestra paternal ternura y amor á nosotros. Vos habeis sufrido en vuestro cuerpo bendito todos los azotes que mereció nuestro cuerpo de pecado: habeis curado nuestras llagas con la sangre que mana de vuestras heridas, y habeis satisfecho á Dios por